

CAPITULO XXXI.

PROGRAMA DE MANZANARES.

La efervescencia crecía en el pueblo de Madrid por momentos y nadie dejaba de conocer ya que se aproximaba el día de la venganza, ó mejor dicho, el día de la justicia, porque la indignacion que escitaban las arbitrariedades y demás desafueros del gobierno polaco era justa, era santa, era una indignacion bienhechora, pues estaba predestinado que á ella deberia España la salvacion de su honor y de su libertad.

Y si el pueblo de Madrid no se pronunció el mismo día en que Dulce al frente de la caballería abandonó la guarnicion de la plaza para ponerse bajo las órdenes de O'Donnell; sino se aprovechó de una ocasion que le era tan favorable puesto que aquel acontecimiento amilanó al gobierno criminal, digno instrumento del poder oculto; si no se movió tampoco al presenciar el triunfo de los valientes de Vicálvaro, fué á no dudarle, como hemos patentizado ya

en otro capítulo, porque aguardaba saber definitivamente cuál era la divisa que enarbolaba el vencedor de Lucena.

O'Donnell, aunque habia hecho al gobierno *polaco* una enérgica oposicion en la alta cámara, aunque se habia granjeado las simpatías de todos los liberales honrados al abogar en ella en pro de la moralidad, no dejaba de formar en las filas de las huestes *moderadas*, y esto inspiraba recelos á los que tantos males deploraban, que habian germinado en los once años de la aciaga dominacion *conservadora*.

Pero llegó á Madrid el segundo número del *Boletín* del ejército sublevado, y no le quedó ya al pueblo duda alguna de que el caudillo que le mandaba habia abrazado la noble causa del progreso, y simpatizó con él, y aplaudió con entusiasmo y se aprestó á secundar el pensamiento de O'Donnell tan esplicitamente formulado en el programa de Manzanares.

Decia así:

«ESPAÑOLES: LA ENTUSIASTA ACOGIDA QUE VA ENCONTRANDO EN LOS PUEBLOS EL EJÉRCITO LIBERAL; EL ESFUERZO DE LOS SOLDADOS QUE LE COMPONEN, TAN HERÓICAMENTE MOSTRADO EN LOS CAMPOS DE VICÁLVARO; EL APLAUSO CON QUE EN TODAS PARTES HA SIDO RECIBIDA LA NOTICIA DE NUESTRO PATRIÓTICO ALZAMIENTO, ASEGURAN DESDE AHORA EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD Y DE LAS LEYES, QUE HEMOS JURADO DEFENDER.

DENTRO DE POCOS DIAS, LA MAYOR PARTE DE LAS PROVINCIAS HABRÁN SACUDIDO EL YUGO DE LOS TIRANOS; EL EJÉRCITO ENTERO HABRÁ VENIDO Á PONERSE BAJO NUESTRAS BANDERAS, QUE SON LAS LEALES; LA NACION DISFRUTARÁ LOS BENEFICIOS DEL RÉGIMEN REPRESENTATIVO, POR EL CUAL HA DERRAMADO HASTA AHORA TANTA SANGRE

INÚTIL Y HA SOPORTADO TAN COSTOSOS SACRIFICIOS.

DIA ES, PUES, DE DECIR LO QUE ESTAMOS RESUELTOS Á HACER EN EL DE LA VICTORIA.

NOSOTROS QUEREMOS LA CONSERVACION DEL TRONO, PERO SIN CAMARILLA QUE LO DESHONRE; QUEREMOS LA PRÁCTICA RIGUROSA DE LAS LEYES FUNDAMENTALES, MEJORÁNDOLAS, SOBRE TODO LA ELECTORAL Y LA DE IMPRENTA; QUEREMOS LA REBAJA DE LOS IMPUESTOS, FUNDADA EN UNA ESTRICTA ECONOMÍA; QUEREMOS QUE SE RESPETEN EN LOS EMPLEOS MILITARES Y CIVILES LA ANTIGUEDAD Y LOS MEREcimientos, QUEREMOS ARRANCAR LOS PUEBLOS Á LA CENTRALIZACION QUE LOS DEVORA, DÁNDOLES LA INDEPENDENCIA LOCAL NECESARIA PARA QUE CONSERVEN Y AUMENTEN SUS INTERESES PROPIOS, Y COMO GARANTÍA DE TODO ESTO QUEREMOS Y PLANTEAREMOS BAJO SÓLIDAS BASES LA MILICIA NACIONAL.

TALES SON NUESTROS INTENTOS, QUE ESPRESAMOS FRANCAMENTE, SIN IMPONERLOS POR ESO Á LA NACION.

LAS JUNTAS DE GOBIERNO QUE DEBEN IRSE CONSTITUYENDO EN LAS PROVINCIAS LIBRES; LAS CÓRTESES GENERALES QUE LUEGO SE REUNAN; LA MISMA NACION, EN FIN, FIJARÁ LAS BASES DEFINITIVAS DE LA REGENERACION LIBERAL Á QUE ASPIRAMOS.

NOSOTROS TENEMOS CONSAGRADAS Á LA VOLUNTAD NACIONAL NUESTRAS ESPADAS, Y NO LAS ENVAINAREMOS HASTA QUE ELLA ESTÉ CUMPLIDA.

CUARTEL GENERAL DE MANZANARES Á 6 DE JULIO DE 1854.—EL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONAL, LEOPOLDO O'DONNELL, CONDE DE LUCENA.»

Diez dias después al de la fecha del precedente documento, no pudo ya contenerse el hervor de los liberales madrileños, y cono-

ció por fin Isabel II la verdadera situacion del pais, y que no habia mas remedio que someterse á la ley imperiosa de la necesidad.

Parece que le hizo una sensacion profunda la lectura de una esposicion, que á pesar de la vigilancia de los polacos para que la verdad no penetrára en el régio recinto, acababa de llegar á sus manos, y estaba concebida en estos terminos:

«SEÑORA: En las crisis dificiles que las naciones atraviesan, es un deber de los ciudadanos honrados elevar su voz al depositario del poder supremo para ilustrar su razon y afirmar su conciencia, á fin de que, identificándose con la opinion pública que él personifica, satisfaga las exigencias de esta, que nunca se pronuncia uniforme y compacta, sin que la verdad y la justicia la inspiren y conmuevan.

Impulsados de tan noble deseo, los que suscriben se proponen mostrar á V. M. el cuadro que ofrece la situacion actual de España, ansiosos de que V. M. lo observe detenidamente, y contemplándolo, fortalezca su ánimo y dé á su corazon el temple necesario para tener uno de esos arranques magnánimos que bastan por sí solos á conjurar una catástrofe, y á salvar un pais entero de la disolucion que le amenaza. El trono de V. M. y la sociedad española se encuentran, señora, en uno de esos momentos solemnes en que pueden servir de ejemplo y de modelo, ó desaparecer de la lista de los demás tronos y sociedades europeas.

Si V. M., penetrada de la necesidad del pueblo, escucha sus lamentos y acoge sus ruegos, verá renacer la alegría en todos los semblantes, esparcirse de gozo todos los corazones, y abrazarse como hermanos los que se hallan hoy desunidos y en campos encontrados.

Pero si V. M. aparta el rostro y esquivo los oídos al clamor general; si guiada mas bien por siniestros consejos que por impulso propio, se empeña á todo trance en cubrir con su manto las pasiones mezquinas de un pequeño número para sobreponerlas á la conciencia pública; si seducida y fascinada se propone hacer buena la temeridad de vuestros ministros, entonces, señora, será el suelo de España el teatro donde la discordia representará al mundo el mas sangriento drama que ofrezcan sus anales.

Es incomprendible, señora, que una persona que debe á la naturaleza dotes morales tan escelentes y de tan alto aprecio como los que adornan á V. M., que tanto afán ha manifestado siempre por el bien de sus súbditos y por la gloria de su reinado, y en quien los sentimientos del corazón marchan á la par con la claridad de la inteligencia, haya acordado su confianza de algun tiempo á esta parte á hombres que la han ido alejando cada vez mas del camino que V. M. habria seguido ciertamente por sí sola, hasta haberla traído al borde del precipicio donde se halla hoy.

Ese contraste que se nota entre las cualidades de V. M. y la abyección de los que la rodean é influyen en su ánimo, parece que no puede ser sino providencial, para que V. M. al mirar á sus piés ese abismo se detenga, y por uno de esos actos instintivos del espíritu en los grandes peligros, comprenda la perfidia de los que la conducen, y sepa en adelante distinguir las malas artes del verdadero mérito.

El pueblo ama á V. M., señora.

El pueblo, que al quedar huérfana V. M. en sus primeros años la adoptó como hija; que derramó luego tesoros de sangre y de heroísmo por defender su trono; que ha deplorado constantemente verla víctima de ambiciones privadas; el pueblo, en la rectitud y

sensatez con que procede siempre, no hace á V. M. responsable de culpas que son de otros y no suyas.

Pero las vejaciones, las ilegalidades, los insultos de que lo han abrumado los ministros de V. M., han agotado ya su sufrimiento, y no será extraño que al descargar sobre ellos el peso de su enojo, se viese V. M. envuelta por el torbellino, si lleva su bondad hasta permitirles que se escuden con el nombre y con el trono de V. M.

El pueblo español, paciente y resignado mas que ningun otro, es por lo mismo mas temible en el desbordamiento de sus iras, y si la pasión llegase á dominarlo, tal vez atropellaria ciego en V. M. al objeto que ama.

Los que pretenden que la autoridad y el prestigio del trono exigen que V. M. sostenga á sus ministros hasta vencer esa rebelión que ha producido el descontento general contra los mismos, tergiversan y truncan el sentido de las espresiones, y comprometen en todos conceptos á V. M.

La autoridad y el prestigio los conserva el trono consultando y satisfaciendo las justas aspiraciones de la opinión pública.

Cuando esta se manifiesta de un modo irrecusable por todos sus órganos, en la prensa como en el parlamento, en las plazas públicas como en el interior de cada familia, el obstinarse en contrastarla y enseñorearse de ella es lo mismo que empeñarse en disipar el aire comprimiéndolo en un vaso cerrado: él lo desharia con estrépito, arrojando los pedazos al rostro del indiscreto operador.

Los reyes, señora, principalmente los que por su corta edad no han tenido tiempo de adquirir la profunda esperiencia que dá un largo reinado, como sucede á V. M., pueden ser alucinados por sus consejeros y conducidos en dirección opuesta á la que demandan los intereses generales; pero cuando esta conducta equivocada

ocasiona en el país una perturbación; cuando se lanza un anatema universal contra un ministro prevaricador; cuando se ve una guerra civil en perspectiva, y el suelo, apenas enjuto todavía de la sangre que lo enrojeciera en una lucha, espuesto á anegarse de nuevo en mas sangre y mas lágrimas, la dignidad del trono reclama que el monarca, en vez de seguir deslumbrado por la errada senda, se vuelva hácia su pueblo y le tienda su mano para apaciguarle, y para marchar al frente de él, por donde aconsejan la razón y el bienestar público.

El principio de autoridad es santo: nada que sea injusto, arbitrario, apasionado, puede obrarse en su nombre, ni nadie cuya individualidad esté desautorizada es idóneo para representarlo.

¿Qué autoridad puede invocar el primer ministro de V. M., el conde de San Luis, cuando sus antecedentes públicos y privados le desabonan y le relegan á la hez como funcionario y como hombre?

Ni militar, ni magistrado, ni diplomático, ni jurisconsulto, ni nada de lo que requiere algun saber y algun estudio, carece de títulos á la consideración del país por no haberle prestado ningun servicio positivo.

Hábil en disfrazar la lisonja con la máscara del sentimiento, ha ido gradualmente obteniendo la protección de varias personas que lo han encumbrado, para venderlas y traicionarlas luego cuando ha dejado de necesitarlas.

El fatal talento y la única aureola política que le pertenecen, consiste en haber empleado la seducción y los malos manejos para falsear las elecciones que dirigió en su primer ministerio y para traer al Congreso una porción de adeptos personales, lo cual le hizo erigirse en gefe de partido; pero así adulteró el sistema repre-

sentativo, y sembró en el país un germen de desmoralización que ha dado frutos deplorables y que ha de costar mucho esterminar.

¿Qué autoridad puede ejercer este hombre funesto en quien la alevosía y la mala fé se disputan la prioridad con la soberbia y la osadía, y á quien sobra de ambición y liviandad de miras lo que falta de honradez y de capacidad?

No: la autoridad representada por el conde de San Luis, es, señora, un sarcasmo, y jamás conseguirá imponérsela á la grandeza de España, á la magistratura, á la milicia, á hombres, en fin, que han encanecido en una carrera meritoria, que están cubiertos de cicatrices recibidas en defensa de V. M., que son las ilustraciones de su patria y la personificación de todas las glorias nacionales.

Aparte V. M. de su lado á ese procaz ministro, que procura ofuscarla persuadiéndola de que tiene enemigos que conspiran contra su persona, contra su trono y dinastía.

El quiere por este medio amalgamar su suerte con la de V. M., para que si no puede salvarse juntamente con V. M., se pierda al menos V. M. á la par con él mismo.

Desoiga también V. M. los consejos artificiosos y parciales de la reina madre.

Esta señora parece que llevó á V. M. en su seno y la dió á luz para complacerse luego en inmolarla á su capricho y á la insaciable sed de oro de que está devorada.

Fuera de la vida nada debe V. M. á la reina Cristina, ni ella ha otorgado á España beneficio alguno para que V. M. le tribute sumisión y obediencia en su conducta régia.

Apenas descendido á la tumba el padre de V. M., su viuda, gobernadora del reino, daba á V. M. el pernicioso ejemplo de un

amor impuro, que principió por el escándalo, que concluyó diez años después por un casamiento morgánico, y que ha traído al país males incalculables.

Poco severa ella misma en los principios de sana moral que deben ser la base y fundamento de la educación de los príncipes, ni supo inculcarlos en el ánimo de V. M. mientras fué niña, ni se cuidó mas que de acumular oro y de preparar desde temprano un peculio crecido á su futura prole.

El desprendimiento, el desinterés, los sentimientos generosos que atesora el corazón de V. M., las tendencias elevadas que á veces han brillado en su espíritu, y que solo sofoca la pequeñez de cuantos la rodean, son exclusivamente un don del cielo, que cualquier circunstancia favorable podrá desarrollar, preparando á V. M. un porvenir fecundo en hazañas y en glorias.

Llegada la época del matrimonio de V. M., suceso que tanto debía contribuir á la fijación de su destino, V. M. sabe muy bien las sugerencias que empleó la reina madre para que V. M. aceptase un esposo que no tenía otro mérito á los ojos de aquella, sino el de creerlo inhábil para menoscabar la omnimoda influencia que ella quería ejercer en los negocios del Estado.

Jamás madre alguna obró con mas capciosidad ni con menos solicitud para asegurar la felicidad doméstica de su hija.

Por este medio continuó siendo, como lo era antes, el alma del gobierno, dando siempre á V. M. consejos encaminados á su propio provecho, sin importársele que la realización de ellos fuese mal recibida por el pueblo, ni amenguase el amor que él profesaba á V. M.

Apenas ha habido contratas lucrosas de buena ó mala ley, especulaciones onerosas, privilegios monopolizadores á que no

se haya visto asociado el nombre de la reina madre.

El resorte para que un ministro ó un hombre público hayan obtenido la protección y apoyo de esa señora, ó provocado su animadversión, ha sido pactar ó no con ella el servicio de sus intereses.

Esto lo sabe el pueblo, y aun cuando ha callado tanto tiempo, es muy posible que en un momento estalle, siendo la erupción de la cólera tanto mas violenta, cuanto mas comprimida estuviera hasta aquí.

V. M. está en el caso, señora, de emanciparse de esas influencias que la han tenido como prisionera, y que al verse ya justamente exoneradas del aprecio público, pugnan en su despecho por arrastrar á V. M. y precipitarla en su caída.

Si algunos creen que V. M. no está del todo exenta de culpa, no negarán al menos que es muy excusable por las circunstancias en que la han colocado, y que á muy poca costa puede rehabilitarse con su pueblo, y recobrar multiplicada la adhesión y cariño que le ha inspirado siempre.

V. M. ha recordado alguna vez con entusiasmo y con anhelo de imitarlos los hechos memorables de la augusta predecesora de V. M., primera de su nombre.

Un ancho campo se presenta á V. M. para reproducirlos con ventaja.

El pueblo español, noble, caballeroso, monárquico por excelencia, responderá con ardimiento á la voz de su reina si se dirige á él con confianza.

Él conoce muy bien que V. M., joven, bondadosa y de aliento esforzado, es el único centro de donde puede emanar su prosperidad y su engrandecimiento; y aun cuando considera natural que V. M.,

como todas las gentes, tenga sus preferencias en la esfera de las simpatías y de las afecciones íntimas, la mira con dolor sacrificada á esa turba logrera que la asedia, y cuyo solo afán es buscar medro á expensas de V. M. y de los intereses nacionales.

A la menor señal de V. M., él correrá presuroso á levantar su nombre y su reinado á las mas altas zonas, y á hacerlas brillar con el lustre que les corresponde.

Esas disidencias que se han suscitado en el ejército y en algunas provincias, y que están sostenidas mas bien que por las armas por el disgusto público, V. M. puede disiparlas instantáneamente en cuanto se muestre decidida á restaurar los fueros de la ley, que han hollado impudentes esos falsos amigos y criminales consejeros.

Hable, señora, V. M.; dirija á su pueblo una sola palabra de union y de concordia, una mirada que revele su amor, y como por encanto cesarán todas las excisiones, se confundirán todos los partidos, y la España, en lugar de desastres, ofrecerá entonces uno de esos espectáculos sublimes que el mundo contempla admirado y absorto, y que son patrimonio de esta tierra clásica del heroísmo y de la magnanimidad; pero ¡ay de V. M., señora, si desoye tan leales ruegos!

El suelo de España arderá pronto en la guerra civil mas asoladora y cruenta, y en él se levantarán, por desgracia, toda clase de banderas, menos la de V. M., enseña profanada y envilecida por un ministerio tan infausto. »

Alcira, Valladolid, Barcelona, Zaragoza y en breve toda la nación se alzó en masa, porque no podía menos de escitar el entusiasmo de los buenos españoles, el conciso, pero elocuente programa de Manzanares.

En este célebre manifiesto se vindicaba el honor de la Milicia nacional, tan villanamente calumniado por los hombres de la *moderacion*, se fulminaba un justo anatema contra la camarilla que deshonraba al trono, se exigía la observancia de las leyes fundamentales del país, se reclamaban mejoras para la electoral y la de imprenta, rebaja en los impuestos, justicia en la distribución de empleos, descentralización é independencia local, Juntas de gobierno, y por fin Cortes generales para que la nación, ejerciendo el derecho de su soberana voluntad, fijara en bases definitivas la regeneración española.

¿Cómo no había de hallar eco en todas partes este grito de salvación?

Enarbolada ya la gloriosa insignia, no podía retardarse el alzamiento.

La hora había sonado, y los valientes madrileños se lanzaron á la liza.

